

Fernando Sánchez Dragó

Galgo corredor

Los años guerreros (1953-1964)



FERNANDO SÁNCHEZ DRAGÓ

GALGO CORREDOR

Los años guerreros (1953-1964)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Fernando Sánchez Dragó, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones del interior: © Archivo del autor, © Manuel Sanz Bermejo / Archivo ABC, © AHPCE, © Gerard AIME/Gamma-Rapho / Getty Images, © Agencia Sinc, © The Granger Collection / Age, © K-Naia / Wikimedia, © Instituciones Penitencias, Ministerio del Interior, Gobierno de España, © Archivo Regional de la Comunidad de Madrid

Primera edición: julio de 2020
Depósito legal: B. 10.052-2020
ISBN: 978-84-08-22333-7
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Black Print
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

<i>Declaración de intenciones</i>	13
Capítulo primero	19
Capítulo segundo	51
Capítulo tercero	103
Capítulo cuarto	131
Capítulo quinto	155
Capítulo sexto	173
Capítulo séptimo	237
Capítulo octavo	251
Capítulo noveno	289
Capítulo décimo	369
Capítulo undécimo	419
Capítulo duodécimo	441
Capítulo decimotercero	543
Capítulo decimocuarto y último	559
<i>Epílogo</i>	607
<i>Índice onomástico</i>	621

Capítulo primero

Arma virumque cano...

VIRGILIO
Eneida

Si haces lo que te dicen los mayores que no se puede hacer, verás que es posible.

THOREAU
(cit. por Iñaki Uriarte en *Diarios*)

Llegar a la universidad fue abrirme al mundo. Dejé de ser Nano, el niño de los días azules, y me transformé en Dioni, el aventurero, el guerrero, el protagonista de mis futuras novelas y de la novela de mi vida.

Pero seguía siendo raro.

Yo aún no lo sabía. Lo de la rareza, sí; lo otro, no.

No sabía lo que me esperaba. No era consciente de mi metamorfosis. Nunca había oído hablar de Dioniso, el dios que nace dos veces, el dios que baila, juega, lucha, muere, resucita y vuelve a luchar, jugar y bailar.

Fue mi segundo nacimiento. Después vendrían otros.

La transformación fue instantánea. El reptil se despojó de su piel. La oruga salió del capullo, se transformó en mariposa y emprendió el vuelo.

El niño silencioso, el adolescente esquivo, el lector solita-

rio... Todo eso quedó atrás. La implosión de los años de la infancia dejó paso a la explosión de la universidad, la bohemia literaria, la lucha política, las cárceles y las primeras novias y mujeres.

Aún no me llamaba Dioni, pues ese nombre llegaría veintitrés años más tarde, cuando empecé a escribir *Las fuentes del Nilo*,¹ pero ya lo era.

Segundo bautismo. En la India eterna, no sé en la de nuestros días, asignaban un nombre provisional al recién nacido, y era éste, al ir creciendo, al ir cuajando, quien elegía el definitivo, el que su carácter reclamaba, el que deseaba y merecía, y al que ya nunca renunciaría.

Nomen est omen... El nombre es el destino, y viceversa.

Nom de guerre, nombre de guerra, apodo, remoquete...

Pseudónimo, no. Heterónimo, en todo caso.

Alias, tampoco, porque ese recurso sirve para ocultar la identidad, no para revelarla.

Adiós, Nano. Evocaré en este segundo volumen de mis memorias los días azules de Dioni, no los tuyos.

¿Azules? Sí, pues también lo fueron, aunque tirando a rojos.

Entre los libros de mi difunto padre había uno, que conservo, encuadernado en piel y editado por Aguilar, cuya lectura me sedujo el mismo día en que lo abrí. Debí de suceder eso cuando tenía ocho o nueve años. Quizá alguno más. Quizá alguno menos.

Eran las *Obras completas* de Virgilio, traducidas por monseñor Lorenzo Riber, cuyo nombre quedó inscrito para siempre en los cimientos de mi memoria infantil. Aún puedo y

1. Planeta, 1986.

suelo recitar de corrido alguno de sus pasajes y, de modo muy especial, el que da comienzo a la *Eneida*...

Yo soy aquél —decía su introducción, aludiendo a las obras anteriores del autor— que en los pasados tiempos entoné cantos agrestes al son de un delgado caramillo y, venida luego la época de la siembra, hice los campos amenos al agricultor.

Ahora canto las armas y el varón troyano que, fugitivo por el imperio del hado, llegó a las costas del litoral lavinio...

Así lo recuerdo y así lo cito, aunque abrigue la sospecha de que no es exactamente eso lo que dice, en latín, el texto original. Menos aún me consta la existencia del prologuillo en cuestión. No sé si la autoría de tan hermosa novedad o mudanza es de Lorenzo Riber —*traduttore, traditore*— o de los caprichos de mi memoria.

Da igual. Lo mantengo tal como siempre ha sonado y resonado en mí. Modificar esos versos por prurito de exactitud sería como remover los huesos de mi tumba. Hay cosas que, por falaces que sean, no se tocan. «También la verdad se inventa.» Ya cité, en el volumen anterior, ese verso.² Así nace a veces lo sagrado...

Si el traductor o mi memoria traicionan los heptasílabos de Virgilio, allá ellos. Yo, Dioni, no traicionaré a Nano.

Está hoy de moda hablar de *serendipity*, palabra inglesa de stirpe farsi (o, según otros, cingalesa) que ya tiene equivalente en español y alude a esos instantes mágicos y, en apariencia, casuales en los que el hombre se topa, donde y cuando menos lo espera, con algo que se revelará determinante para su conducta, su destino y su felicidad. Cabe traducirla, a la pata la llana, como *feliz coincidencia*.

2. Es de Antonio Machado.

Eso fue para mí la lectura de la *Eneida*: un fenómeno de serendipia. El héroe de la epopeya se sumó desde su primer verso al santoral de mis modelos literarios. Llegó antes de que lo hiciese Sinuhé, pero el uno y el otro fueron, y son, figuras paralelas en lo que a mi aprendizaje de la vida y a mi modo de entenderla y practicarla se refiere.

Arma virumque cano... El niño raro iba a dar guerra. Este volumen de mis memorias será épico.

Don Victorino Alegre, el director del colegio, llamó a mi madre cuando ya el bachillerato tocaba a su fin y le dio, en lo tocante a mi educación, dos consejos sorprendentes.

—Mire usted, señora... A este chico, dele cuerda. No lo ate en corto.

Y luego:

—Déjele que estudie Filosofía y Letras.

Sorprendentes, digo, por la época en la que estábamos, por el ambiente conformista y burgués de la familia de mi madre y del mundo que nos rodeaba, y por venir de quien venía.

Don Victorino, hombre de sutil inteligencia, indiscutida autoridad y agradable trato, pertenecía a la Orden de los Marianistas, fundada en Francia a comienzos del siglo XIX por el padre Chaminade, en la que los sacerdotes propiamente dichos se codeaban con los hermanos laicos. Don Victorino era uno de éstos. No llevaba tonsura, ni alzacuellos, ni sotana, sino traje de chaqueta negro y corbata del mismo color, y no podía cantar misa ni impartir sacramentos, pero sus votos de pobreza, castidad y obediencia eran idénticos a los que los sacerdotes, de por vida, formulaban.

Que un religioso aconsejase a una señora del barrio de Salamanca dar rienda suelta y trote largo a uno de sus retoños

y permitirle que se matriculase en una facultad de tan pocas y magras salidas como la mencionada era algo, a decir poco, inusual para la época.

El encuentro entre don Victorino y mi madre tuvo que producirse en mayo o junio de 1953. El duro régimen político fraguado al calor de tres años de guerra y de una contundente victoria militar había aliviado su rigor y estaba abriendo, con timidez, la mano. El primer síntoma de esa evolución se había producido un par de años antes, cuando Joaquín Ruiz-Giménez, que era primo segundo de mi madre, fue nombrado ministro de Educación y abrió el grifo del deshielo en las esclusas de la enseñanza superior.

Mi tío Joaquín, que luego sería mi abogado defensor en el proceso judicial que me condujo al exilio, nombró rector magnífico de la Complutense a otro aperturista que militaba, como él, en el sector más liberal de la Falange: don Pedro Laín Entralgo. El humanismo volvía así a unas aulas de las que nunca, en realidad, había emigrado por completo, ya que, ausentes Ortega —figura emblemática— y tantos otros, sentaban en ellas cátedra y, extramuros de la universidad, socrático magisterio personas de la talla intelectual y moral de Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, José Luis López Aranguren, Emilio García Gómez y Santiago Montero Díaz.

Todos los citados, y algunos otros, más jóvenes y, por ello, de menor lustre, eran, como digo, además de profesores, maestros, en el más hondo y ancho sentido de esa palabra. Hablaré de ellos cuando corresponda hacerlo, pero vaya por delante su mención como anticipo de lo mucho que les adeudo y pago a cuenta de lo que la docencia, la decencia y la lucha por la libertad les deben. *Maestros* —subrayo— fueron no sólo de las asignaturas que impartían, sino también de vida y amistad. Inmensa fue para mí la suerte de figurar entre sus más dilectos y aplicados discípulos.

Ruiz-Giménez, que no rehuía la camisa azul adornada por el yugo y las flechas, pero que *in pectore* pertenecía ya a la democracia cristiana y hacia ella iría, escorándola a babor, y Laín Entralgo, de cuya hija mayor, Milagro (en singular), fui compañero y amigo, hicieron posible lo que en alguna ocasión he llamado *un mayo español*, aunque la monumental algarada que me valió ir por primera vez a la cárcel se produjo en febrero del 56. Las metáforas son razones que saltan por encima de las bardas del calendario.

Vuelvo ahora a la insólita recomendación de don Victorino...

En la Facultad de Filosofía y Letras, por aquel entonces, el alumnado estaba compuesto por una apabullante mayoría de chicas, curas y monjas, y se tenía por loco al varón sin lazos sacerdotales que ponía en serio riesgo su futuro inscribiéndose en una institución así.

El consejo, supongo, no pilló por sorpresa a mi madre, mujer de buen conformar, sentido común a prueba de bomba y talante más que liberal, cuya probada inteligencia, de seguro, ya le habría sugerido de qué pie cojeaba el mocoso con algo de sombra en el bigote y cuatro pelos en la barbilla que estaba a punto de salir del cascarón.

Sea como fuere, e innecesario o no, siempre he agradecido a don Victorino, del que guardo muy buen recuerdo, el empujón que me dio. Sospecho que fue determinante para que mi padrastro, mucho más conservador que mi madre, aunque, como ella, nada autoritario, no torciese el morro cuando decidí matricularme en una facultad incorpórea, casi invisible, para sus ojos de probo funcionario que se pasó la vida yendo de casa a la oficina y de la oficina a casa.

No lo hice, sin embargo, en el primer instante. Sordos temores agazapados en mi subconsciente, argumentos no por

capciosos menos poderosos y chantajes disfrazados de buenas intenciones, con los que transigí por comodidad o cobardía, me convencieron, forzando mi naturaleza e imponiéndome una vocación y una afición que no sentía, de que era más juicioso estudiar Derecho.

Mal empezábamos: cediendo. ¡Yo, que quería devorar el mundo a dentelladas! Bastó su primer envite para que me acoquinase y buscase refugio en las faldas de las convenciones en vez de hacerlo en las de las convicciones.

Casi todos mis amigos —Paco Sanz Esponera y Antonio Pérez Sanz, entre ellos, que tanto repicaron en el primer volumen de estas memorias— y buena parte de mis compañeros del colegio optaron por esa carrera, cuya única ventaja, pensé, consistía en que su facultad estaba en el centro de Madrid y no en el gueto del extrarradio.

No quise, no supe o no pude remontar el vuelo con mis propias alas. Me cobijé en las ajenas. Estaba yo aún muy unido a la cofradía de los tres mosqueteros³ y a las restantes amistades del Pilar, e hice, en consecuencia, lo que de mí, pensara lo que pensase don Victorino, todo el mundo, dentro y fuera de mi familia, esperaba: dedicarme a las leyes para llegar a ser un mal día abogado de prestigio con bufete propio, notario, registrador de la propiedad o cualquier otra cosa, aburridísima, de pareja laya.

A punto estuve de morder ese anzuelo. Corrí serio peligro: el de la inercia, el del acomodo, el de la rutina... Aún se me encoge el alma al recordarlo. ¿Un cachorro de anarquista al servicio de la ley? ¿Un gitano de sangre paya enredándose en futuros pleitos? ¿Un aprendiz de escritor metido entre legajos? ¿Un guerrero en agraz blandiendo códigos y escudándose

3. Formada por los dos citados y por mí. Se habló de ella en *Esos días azules*.

en jurisprudencias? ¿Guillermo Brown, Tom Sawyer, Peter Pan, Nils Holgersson, Eneas y Sinuhé pidiendo venia, vistiendo toga, firmando escrituras o redactando testamentos?

Quita, quita...

Y un año después lo quité.

El 2 de octubre de 1953, vencido ya aquel último verano de la adolescencia en el que me olvidé de Queta, la novia dejada en Madrid, y empecé a beber vino, a saltar de chica en chica sin llegar a nada con ninguna de ellas y a gallear, pavoneándome, en compañía de amistades pasajeras y más o menos golfas, pero siempre de buena familia, salí de Lope de Rueda a media mañana, cogí el metro en la estación de General Mola (hoy Príncipe de Vergara), frente a la heladería italiana de Alcalá en la que tantos cucuruchos de fresa y nata había consumido al volver del colegio, me apeé en Noviciado, entré en el edificio de la Universidad Central, vulgo *la Casona*, subí por su escalinata, me personé en la ventanilla de la administración, rellené los formularios de rigor, pagué las cuotas correspondientes al primer curso de Derecho y me convertí en alumno de esa facultad.

Aquello era un mundo antediluviano, perdido hoy para siempre, en el que todo, desde el primer instante, por viejo que fuera, me supo a nuevo. Se respiraba polvo de siglos. Olía a Roma, a casa de fieras, a gladiadores, a tunos, a burdel y a sacristía. Se escuchaba, o creía yo escuchar, el susurro de las termitas que poco a poco, con centenario tesón, pulverizaban la osamenta del vetusto edificio. La atmósfera era tupida, golliárdica y viril. Había muy pocas chicas —no recuerdo ni una—, y profesoras, menos aún. La testosterona se palpaba. En la pared frontal del rellano de la imponente escalinata a la que antes hice referencia despuntaban el yugo y las flechas de

los vencedores y, a sus costados, en letras de bronce, los nombres de algunas personas vinculadas a la universidad, supuse, y caídas en el transcurso del conflicto.

En aquel caserón, convertido hoy en sede del colegio España y, hasta hace poco, de la Asamblea de Madrid, el siglo XIX no había terminado. Se mascaba aún la pólvora de los máuseres de la guerra de Cuba, y los espectros de la generación del 98 deambulaban por la biblioteca, los pasillos y las aulas. De todos ellos, sólo uno seguía vivo, aunque con la cabeza medio perdida: don Pío Baroja, al que no tardaría en conocer y a cuyo entierro, no tanto por devoción, aunque también, cuanto por afán de bohemia y de revolución, asistí.

Pero eso sucedería algunos años después.

Salí, con el resguardo de la matrícula en el bolsillo, a la calle Ancha de San Bernardo. Lo que en ella había me aturdió. Era, también, otro mundo, bullicioso, espeso, promiscuo, pintoresco y anacrónico. Estaba lleno de vida, por más que en muchos de sus aspectos fuese ésta la de una gusanera, la de un queso azul, la de un cadáver. Sus chiribitas inundaron mis ojos, su pulso frenético golpeó mis sienes, su adrenalina de panal y hormiguero se me subió a la cabeza y la embriagó. Todavía hoy, al recordarlo, lo hace.

Deambulé aquella mañana, sin rumbo, maravillado, por las cercanías de la Universidad Central. ¡Y tan central! En los días, semanas y meses sucesivos llegaría a conocer muy a fondo, rincón por rincón, antro por antro, adoquín por adoquín, esa zona de la villa que había dejado de ser Corte, aunque siguiese siéndolo de los milagros. Tuve la impresión de que en ella —*Gran teatro del mundo, Ceremonia de la confusión*, esperpento de Valle-Inclán— cualquier prodigio era posible.

Maravillado, he dicho, y así, *barrio de Maravillas*, se lla-

maba entonces, con razón, lo que hoy, sin ella, llamamos *Malasaña*.

¡Cómo iba a imaginar yo que en septiembre de 1976, poco después de morir Franco, acabaría viviendo, y allí sigo, precisamente en ese barrio, a muy pocas manzanas de la calle Tudescos, donde tenía su guardilla y su guarida Silvestre Paradox, héroe de dos libros de Baroja!⁴

Evocaba éste, en la primera parte de esa dilogía, el ambiente bohemio de Madrid a finales del XIX. Poco habían cambiado las cosas desde entonces. Eso es lo que pensé. Ya no lo pensaría ahora. Las maravillas han virado a botellón, multiculturalismo, grafitis, murria de *indignados*, homínidos de teléfono móvil y coto de caza de los cuatro sexos.

Paradox, en la segunda parte de sus andanzas de trotamundos castizo, terminaba en África. Yo también, años más tarde, lo haría. *Serendipity?*

Si la naturaleza, según Oscar Wilde, imita el arte, ¿por qué mi vida no debería imitar la literatura?

Seguía yo girando, como lo había hecho desde que leí *Travesuras de Guillermo*,⁵ en torno a esa obsesión: la de vivir como si fuera un héroe novelesco. Quizá Silvestre Paradox.

Corrójase, personalizándola, la cita de Oscar Wilde que encabeza este libro... La literatura, no el arte, iba a ser mi enérgica protesta, mi valiente esfuerzo para enseñar a la vida, no a la naturaleza, cuál es su verdadero lugar.

Estas reflexiones son de ahora. No me las hice aquella mañana en la que salí del edificio de la universidad convertido en todo un señor estudiante de Derecho. Ni siquiera sé si había leído ya las dos novelas de Baroja. Pero, sea como fuere,

4. *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox y Paradox, rey.*

5. Está contado en *Esos días azules*.

anduve sin rumbo durante cosa de un par de horas, ingrávigo, atónito, chapoteando, trastrabillando, pisando uvas, mirándolo todo, de maravilla en maravilla, haciendo honor así al nombre oficial del barrio en el callejero de la urbe, con curiosidad y timidez de cachorro de gato que deja de mamar y se asoma, precavido, al mundo para atisbar qué diablos se cuece y le espera en él.

Olvidar aquel Madrid, ciudad que ahora, seis décadas y pico después, detesto, es imposible y tan difícil como recordarlo sin nostalgia. ¿Juventud, divino tesoro que todo lo embellece? Puede, pero...

Capital de la gloria había llamado Alberti en plena guerra civil, por muy distinto motivo, a aquel poblachón manchego (así lo bautizó el inevitable y siempre previsible Cela), zarzuelero, taurino y cateto, escandido, de noche, por las palmas, los pitos y los chuzos del sereno, y de día por las canciones de las chachas y los chismes de las comadres, en cuyas calles aún desfilaban las caballerías, los osos de los gitanos, los afiladores con su flauta pánica, los mieleros, los arrieros y los traperos.

¿Capital de la gloria? Por algo sería, checas, paseos y Brigadas Internacionales aparte, pero por algo, también, escribió el citado Cela, a imitación del *Manhattan Transfer* de Dos Passos, aunque en muy distinta clave, pues le faltaban el barniz cosmopolita, el mejunje étnico, la Estatua de la Libertad y las luces de los rascacielos de Nueva York, una novela ocurrente, oportuna y mediocre a la que llamó *La colmena*. Madrid, en sus páginas, era lo contrario: capital no de la miel de ese título, sino de la mierda con la que todo lo embadurnaba la escatofilia de don Camilo.

Fue aquel libro, en fúnebre versión goyesca y solanesca, un a modo de *baedeker* del Madrid liberado, según algunos,

por el Caudillo o, según otros, por él esclavizado. Yo, entonces, pensaba lo segundo. Ahora ya no lo pienso.

Muchas de sus escenas transcurren en un café, el de doña Rosa, cercano a la glorieta de Bilbao, en el que los tableros de las mesas eran lápidas de mármol sacramental vueltas del revés. La imagen no podía ser más gráfica, más representativa de una ciudad donde la vida y la muerte, la alegría y la desdicha, la libertad y la esclavitud, según fuese el cristal de los ojos que la miraban, eran cara y cruz de la misma moneda. Por algo llamó Cela a ese café, cargando la suerte con mordaz ironía, *La Delicia*. Ignoro si el nombre era real o fue inventado. Da lo mismo.

Cuanto de esa bipolaridad sé es de oídas o de leídas, porque yo, inquilino perpetuo de jornadas azules, sólo vi en aquel día, y en los de todos los años que evoco, el lado bueno, el de la libertad, el de la alegría, el del buen humor, el de la vida...

Mentiría si ahora, por acomodo, pusilanimidad o balido, dijese lo contrario. No somos lo que vemos. Vemos lo que somos, y así era el cristal irrompible de mis ojos: diáfano, traslucido. No dejaba resquicio a la oscuridad. Nunca vi ésta. Es cuestión de carácter, no de miopía ni de astigmatismo. Peco, en todo caso, de hipermetropía, y castañas son, tirando a negro, mis pupilas. La luz no me hiera. Su ausencia, sí. No me gustan los restaurantes sumidos en la penumbra. Jamás enciendo velas. Nunca he llevado gafas de sol y desconfío instintivamente, a riesgo de ser injusto, de las personas, sobre todo si son mujeres, que se las ponen.

Una de las mías, sólo una, lo hacía, y así nos fue. No nos entendíamos, aunque nos quisimos mucho, y a esa carta, perdiendo ambos, nos lo jugamos todo.

En cuanto a los varones... Allá ellos. No se meten en mi cama, aunque sí se metieron, con mi consentimiento, en la de aquella mujer. Lo hacían sin gafas. No las necesitaban. Eran,

casi siempre, jóvenes y, en todo caso, veían desde muy cerca —más, imposible— al objeto de su deseo y sujeto de mis parafilias.

Y pasarán los años... pero acaso algún día,
o alguna noche que estés sola en tu lecho,
abrirás la gaveta —como una rebeldía,
y leerás mi libro— tal vez como un despecho.

Y brotará el perfume de una ilusión suprema
sobre tu desencanto de esposa abandonada.
Y entonces, con orgullo, marcarás un poema...
y guardarás mi libro debajo de tu almohada.⁶

Me he metido en Wikipedia para comprobar un dato y ha aparecido ese verso de un poeta cuya existencia ignoraba. Ya dije en la declaración de intenciones que escribir es activar un mecanismo de tracción y succión. Todo fluye o parece fluir hacia el libro que escribes.

Dámaso Alonso hablaba de un Madrid poblado por un millón de cadáveres en *Hijos de la ira*, espléndido libro de atroces poemas que salió en el 44. Sería así, pero yo, en el 53, ya no me topé con ellos. Encima de las lápidas de camposanto de las mesas del café de doña Rosa tintineaban las cucharillas de los cafés, se apilaban los posavasos de felpa de las cañas, cantaban las fichas de dominó, resbalaban los gastados naipes de la brisca y giraban, chispeantes, afiladas, las conversaciones.

6. José Ángel Buesa, «Canción para la esposa ajena», *Amor y desamor: poemas escogidos*.

Insisto... Anverso y reverso de una época, danza de la muerte y de lo contrario. Ya dije antes que los cadáveres —«Raskayú, cuando mueras ¿qué harás tú?», cantaba la soldadesca de Franco— son hervideros de vida.

Yo, Dioni, aquella mañana, también lo fui.

Junto al edificio de la universidad, separado de él por una calle estrecha, había un cine barato, de programa doble, abierto a la jauría estudiantil desde las diez de la mañana, y un bar mugriento y grasiento en el que despachaban, a granel, sabrosos bocadillos de calamares.

El cine se llamaba *X* (sic), aunque su programación nada tenía que ver con la de las salas, hoy extintas, que al llegar la democracia se convirtieron en lo que ya no son, pero algo de porno había, fuera de la pantalla, en él, debido a las putas de a perra gorda que al arrimo de la bragueta de los futuros pica-pleitos, notarios y registradores lo frecuentaban.

Doble condumio, pues, el que en ambos lugares se servía para saciar, respectivamente, el hambre y el rijo de quienes a media mañana hacían novillos, tomaban en el bar un tentempié regado por una caña o un vaso de Valdepeñas y buscaban, así reconfortados, alivio venéreo —otro, aparte del que proporcionaba la mano propia, no existía— sentándose en una de las últimas filas del cine para que cualquier pajillera de las que por allí merodeaban se ganase el pan de cada día.

No eran, como cabe suponer, beldades ni jovencitas aquellas mujeres más bien jamonas, sino furcias cuarteleras de refajo, faja, michelines por ella contenidos, permanente o pelo cardado y escotada y desparramada pechuga de ubres reventonas. Los estudiantes aflojaban unos reales y aquellas señoras, que por su edad, lo fuesen o no, merecían serlo, hurgaban con pasmosa pulcritud en las excrecencias de la ingle del mozalbe-

te y cumplían en un ziszás, arriba y abajo, abajo y arriba, con la misión que tenían asignada.

Vuelvo yo ahora, sin embargo, a hablar de oídas, porque seguía siendo un buen chico del colegio del Pilar, aunque ya no fuese a misa, y jamás recurrí a servicios de tal laya.

Me refiero a los prestados por las damas del cine X, pues bocadillos de calamares sí que tomé, a espuertas, y aún hoy, cuando caigo por las cercanías de la plaza Mayor, lo sigo, con deleite, haciendo. Tamaña exquisitez, fruto de la inventiva culinaria de un pueblo pobre, pero listo, y de una ciudad que había aprendido a soportar y sortear la hambruna en los años de la guerra, es cosa que no he visto en ningún otro lugar del mundo. Me río yo de las tontunas de la cocina creativa. Donde esté un buen bocata de calamares que se quiten El Bulli, las bullipolleces y su secuela, y si por decir eso me llaman bárbaro, que lo harán, ande yo caliente y ríase Ferran Adrià.

Lo único malo que hay en ese manjar de dioses es el pésimo pan de chicle que lo acompaña. En el Madrid de hoy resulta casi imposible encontrarlo bueno...

El pan, digo. Parece mentira. Las *boutiques*, estúpidas y cursis, y las levaduras artificiales se lo han cargado. La masa madre, que es un embeleco con ínfulas ecológicas de artesanía barata, lo ha rematado. Sugiero a los últimos taberneros de las freidurías de la plaza Mayor que cuiden eso.

¿Cocina creativa en España? ¡Claro que la hay, y no es de ahora! El gazpacho, las migas con uvas, la tortilla de patatas, el alioli, el ya citado bocadillo de calamares, el de anchoas de lata, que ya no existe, los chanquetes de verdad (por *pezqueñines* que sean), que en paz descansan, y... ¿Algo más? Soy todo oídos.

En el costillar aledaño a la Casona de San Bernardo, aunque sito frente a ella, había un tercer punto de desahogo, diversión y encuentro: los recreativos Azul. ¡Y dale con ese color!

Estaban en un segundo piso y bastaba, para alcanzarlos, con cruzar la calle. Era un sitio muy peculiar, como también lo eran los Billares Callao, los de la calle de la Victoria, los de la del Prado, frente al Ateneo, los de la plaza de la Moncloa y los del sótano del Palacio de la Música.

Estoy citando al tuntún. No se ofendan los excluidos. No podrán, por lo demás, hacerlo, ya que todos son hoy cosa del pasado. No queda ni uno. Los holgazanes se divierten ahora, recluidos en sus casas frente a videoconsolas de marcianitos, terroristas islámicos, yakuzas, draculines, Barbarellas de manga y personajes de cómic. O con las tabletas y los *smartphones*, esas prótesis de autistas. Otra *tranche de vie* que se traga el tiempo.

Pero Madrid aún era entonces una ciudad de billares. En ellos pasaba de todo y no todo lo que pasaba se atenía al código de la moral vigente. Su atmósfera de casino provinciano, en la que flotaba el polvo de las tizas azulencas que servían para untar el extremo de goma de los tacos y reducir el riesgo de provocar un desgarrón en el tapete de las mesas, escondía no pocos secretos pecaminosos, mayormente de homosexualidad subrepticia y viscosa.

Había allí, inclinados sobre las mesas en posturas incitantes, jovencitos sin posibles —chaperos, diríamos hoy— que se dejaban querer y viejorros que los rondaban, se inclinaban sobre ellos arrimando el ascua por detrás con la excusa de enseñarles el manejo del taco, tan duro (supongo) como sus vergas, y si el efebo de ese modo requerido y embestido no protestaba, se lo llevaban furtivamente a los retretes, a un portal, a un descampado o a un cine de mala nota.

Era todo muy sórdido, pero entonces no había saunas ni locales de alterne con cuartos oscuros. Bares de putas, sí, sobre todo en las calles de la Ballesta, Echegaray y Ventura de la Vega.

Allí, los sábados, convergían y confraternizaban en amigable simbiosis estudiantes, señoritos golfos, chupatintas tronados, reclutas, isidros y chulos. Yo, como todos los de aquellas quintas, empezaría a ir muy pronto, pero sólo, en calidad de mirón y aprendiz de poeta maldito, para no desentonar, rayar a la altura de mi incipiente aureola de rebeldía sin causa y tomarme, de paso, unas bravas en La Casona. Nada que ver con el vetusto edificio de la Facultad de Derecho. Aún existe ese local, pero ya sólo es triste remedo con la cara repintada de las señoras maduras que así disfrazan su vejez.

El putiferio de la calle de la Ballesta y la Costa Fleming comenzó mucho más tarde, cuando ya había cocacola, ginebra y marines, y empezaba a venderse *Le Monde*, con cuentagotas, y el *Ici Paris*, sin él, en los quioscos de la Gran Vía.

Los cines de ligoteo menudeaban. ¡Vaya si lo hacían! Su función era crucial: la de servir de válvula de escape a las tensiones, estrecheces y premuras venéreas de aquellos años. Todos abrían a las diez de la mañana, aunque ésas no fuesen horas para meterse mano (o sí), y casi todos, excepto el X, estaban en los alrededores de lo que aún no se llamaba *Kilómetro Cero* ni era lugar de citas análogo al del célebre *Hachiko* de Shibuya, en Tokio, donde escribo esto: el Postas, el Pleyel, el Sol, el Montera, el Rex (de más ringorrango, por su precio, en el escalafón de los magreos), el Alba, el Ideal y, sobre todo, el Carretas, que era Sodoma y Gomorra elevado al cubo de Rubik.

En aquellos recintos cargados por la respiración y la lascivia de los espectadores y aireados por las tufaradas de las bombonas de ozonopino hacían buenas migas y borraban sus diferencias las clases sociales y las sexuales: criadas y horteras, falangistas y comunistas, mozuelos y vejestorios, pescadores al palangre o al descuido, mariquitas y maricones, putas y travestis, maromos de mano muerta, curas sin sotana y ateos empedernidos, parejas de novios que no se conformaban con ha-

cer manitas mirándose a los ojos, matrimonios de vicaría que buscaban sensaciones diferentes a las del hastío del lecho conyugal...

La libido, que no tiene enmienda y todo lo arrasa, salía por sus fueros, como lo hace siempre, con Franco o sin Franco, con Iglesia o sin ella, y reventaba las cañerías de la moral al uso. Hablé ya de todo eso en el primer volumen de estas memorias y tendré que seguir haciéndolo, pero baste, por ahora, confesar que en mi primer año de estudios universitarios apenas me percaté de la existencia de tales submundos y realidades paralelas.

Seguía siendo, como ya dije, un buen chico, que no hacía novillos, iba a todas las clases y se sentaba en las primeras filas, tomaba apuntes y sacaba buenas notas en los parciales, y cuyas únicas escapadas eran los guateques, el billar (sin visitas al retrete), el fútbolín, en el que fui maestro por casi nadie superado, el Bernabéu, los cines que sólo abrían por la tarde, las revistas del Martín, La Latina y el Alcázar, la claqué de los teatros, el Circo Price y las partidas de mus entabladas con los amigos del cole alrededor de una botella de mal vino sellada por un corcho con pitorro del que bebíamos a gollete.

Sentía ya apetencia, aún confusa, por las experiencias pecaminosas, las relaciones peligrosas, la sexualidad prohibida, las zonas *off limits*, los barrios de marineros, putas, cristales opacos y luces rojas, densos, pegajosos y olorosos, cargados de pobreza y de sorpresas, pero aún me daba reparo entrar en ellos con la frescura, frecuencia y audacia con que después lo hice.

Lo hice y lo hago, aunque cada vez me resulte más difícil dar rienda libre a tal querencia debido a las limitaciones impuestas por la corrección política, el desarrollo económico y el momentáneo (espero) triunfo del puritanismo.

Éste, hoy, lo invade todo y todo lo confina en lugares ce-

rrados al acceso del mirón, el ligón, el peatón, el psicólogo y el sociólogo. Las experiencias de las que hablo, las incursiones a las que me refiero, los barrios a los que aludo se conjugan ahora en pretérito indefinido. Ya casi no hay chicas de alterne en Japón. *Hostesses* las llamaban. Dos de mis novias lo fueron. Van cerrando poco a poco los escaparates de Ámsterdam y Hamburgo. Cerraron también el Carretas, y el Pleyel, y el Sol, y el Cervantes, y el Alba, que fue el último en hacerlo, aunque ya no se llamaba así, y todos los cines madrileños de programa doble, parejas amarteladas y magreo a discreción en las últimas filas. El barrio chino de Barcelona se ha transformado en esa narcoñoñería que es el Raval. Los restaurantes y la playa de la Barceloneta son un parque temático y futurista por el que pululan los replicantes. Funesto fue para el alma de la Ciudad de los Prodigios el bombardeo al napalm de los Juegos Olímpicos. Tanto o más de lo que la Expo de ese mismo año lo fue para Sevilla. Del prodigioso barrio de putas de Huelva, uno de los últimos en extinguirse, no queda ni un mal colmado de azulejos, taconeos y flamenconas. De los discretos chalés del de Tomelloso, que merecía ser declarado patrimonio nacional, a saber. La Ballesta se ha convertido en centro de elegante *shopping*, y la calle de Echegaray, en refitolera vaguada gastronómica para tomar *sashimi* y beber mojitos. Times Square huele a Walt Disney, prédica de testigos de Jehová, tontunas electrónicas y susurros de argentinas que dicen *deme dos*. A Castro Street, en un Frisco que ya sólo es San Francisco, lo mató el sida. El Kabukicho de Shinjuku ha derivado en galería de adhesivos habitada por turistas y por yakuza de imitación con disfraz de punkis, y en el Golden Gai del mismo barrio son ya ancianitas o ancianitos con artrosis los (o las) *sister boys* de los gloriosos sesenta. Pei-t'ou, en Taiwán, ha dejado de ser la Peyton Place donde los marines descargaban las tensiones de la guerra vietnamita. Los puticlubs de la base americana de

Yokosuka, en Japón, son hamburgueserías, tiendas de chuches y gallineros de *fried chicken*. Las alegres chicas de Saigón se han metamorfoseado en honestas y laboriosas ciudadanas de Ho Chi Minh. No hay fumaderos de opio en Vientián. Ir a las dos calles de jaulas de putas de Bombay es jugársela. Por los tugurios de Dakar, víctimas de la incuria de quienes allí vegetan, malviven y devoran a dentelladas los hermosos edificios de los años del esplendor colonial, corren hoy entre cascotes las ratas, las cucarachas, los cacos, los yonquis y las culebras. Focos de luz halógena espantan a los *finocchi* que se escondían en los vanos del Coliseo. En los andenes de Stazione Termini sólo pueden entrar quienes van a coger los trenes. No sé cómo andan ahora (en coma, supongo) las termas de Caracalla, la Appia Antica, la Via del Mandrione y el Lungotévere en una Roma que ha dejado de emular a Babilonia. Las jineteras del Malecón de La Habana, metidas en cintura de castidad por el castrismo santurrón, ya no tienen al alcance de su entrepierna grupas de garañones para montar a pelo. Por todos esos lugares, años después, merodearía yo. Hoy los visito como si fuesen un museo de ninots. *Sic transit* la gloria del sexo de antaño. Las nieves del tiempo blanquearon su sien.

¿Qué queda? Queda Bangkok, queda Pattaya, queda... Poco más. Transexuales, eso sí, a granel.

Y no quedan porque en aquellos años no los había, pero han surgido los clubs de intercambio por cuyas moquetas manchadas de semen pululan los cuarentones, los mirones, los gordiflones, las viciosas, las consentidas, los parafilicos, los curiosos y los ácaros. Sobra añadir que también voy a ellos. En España, y sobre todo en Madrid y en Barcelona, los hay a mares. Menos mal.

No lo escondo. Si eres un hipócrita, no te pongas a escribir memorias. Me gustan —me gustaban— esos sitios. Me atraían —me atraen— los ambientes esquinados y barriobaje-

ros tanto como detesto la asepsia del lujo, las recepciones palaciegas, las corbatas, los almuerzos con embajadores y los hoteles de cinco estrellas. Es la famosa *nostalgie de la boue*, que muchos escritores y artistas, en mayor o menor medida, solapada o no, sentimos. Omnipresencia del todopoderoso Baudelaire. ¿A quién hago daño con eso? A mí, desde luego, no; a los demás, tampoco, y a la *boue* (al cieno), imagínense...

Abramos un inciso... Recuerdo, con una sonrisa, lo que en cierta ocasión me dijo al respecto de lo que acabo de escribir Carlos Barral, que era un santo bebedor, no sé si más bebedor que santo o al revés.

Fue en julio de 1982. Andábamos un grupo de escritores dados a las tropelías propias de nuestro oficio, que es, como el de las putas, uno de los más antiguos de la tierra, por las calles de Santander. Dirigía yo en esa ciudad un curso sobre novela española contemporánea acogido a la largueza de miras de Raúl Morodo, todo un caballero, dígame o no lo que de él se dice ahora,⁷ que en aquellos años, como rector magnífico de la Menéndez Pelayo, empuñaba el timón de esa universidad, hoy tristonja, con la certera ayuda de Paco Bobillo.

Éste, bajo la égida de Felipe González, llegaría a ser director general del Libro. Los dos se habían criado a los pechos políticos de Tierno Galván y por tan singular ama de leche fueron destetados y abandonados cuando el viejo profesor, putero y cínico, que siempre quiso pisar alfombras de nudo e ir a su propio entierro en carroza tirada por corceles con pena-

7. Se ha visto envuelto en un supuesto caso de corrupción económica perpetrado durante su gestión como embajador de España en la República de Venezuela. El asunto está aún *sub judice*.

cho, cambió el percal del PSP, que él mismo había fundado, por la seda del PSOE. ¡Fíate de los políticos!

Buscábamos nosotros, aquel día, o buscaba yo, jarana y francachela. ¿Quiénes éramos? Pues no lo recuerdo muy bien, pero sé de cierto que en el grupo, además de Barral y de mí, figuraban Juancho Armas Marcelo, Joaquín Arnáiz, una chica francesa, monísima, sumamente casquivana e inscrita en el curso, que se llamaba Martine,⁸ y la arrebatadora Sherezade, apodo que enmascara la identidad de quien era entonces mi (a)mantis religiosa y que dio pie a festivas cábalas en los mentideros, cenáculos y dormitorios del Palacio de la Magdalena.

Fue lo nuestro una locura de funambulistas, casi incurable en lo que me concierne, a la que, sin embargo, dando entrada en el lecho a otra mujer y sin expulsar cautelar y cautelosamente de él a la que entonces, con anterioridad, tenía, yo mismo puse fin. ¡Idiota que es uno! Con razón se dice —Eros y Tánatos— que el hombre mata lo que ama. Yo, perito en fugas, lo he hecho en veintitrés ocasiones, que recuerde, y de algunas de ellas, a pitón pasado, me arrepiento. De las demás, no.

Hubo un momento, para mí glorioso, en el que la francesa casquivana se sentó con desparpajo de *midinette* en mis rodillas. Sobra aclarar que yo, halagado y sonriente, se lo consentí, y allí siguió ella, tan ancha, durante un buen rato, mientras las pupilas de Sherezade, flamígeras, la fulminaban, y a mí, de paso, también.

Barral comentó:

—Ándate con ojo, Fernando, que tu novia se ha puesto como una pantera...

8. No se confunda con la madre homónima de mi hija Aixa, también francesa, también monísima, aunque no casquivana, que se había quedado en Nairobi, donde a la sazón vivíamos.

¡Y tanto! ¡Como que luego estuvo dos días sin dirigirme la palabra y con los muslos cruzados! Lo peor fue que su cólera, descargada en silencio, bastó para que yo, acoquinadito a pesar de mi actitud farruca, permitiese que aquel bombón se me fuera vivo, y hasta más ver. Aún lo estoy lamentando. ¡Si seré idiota! Ya lo dije.

Liaisons dangereuses? Sí. Todas las pasionales lo son, y las meramente sexuales, también. Una mujer erguida es un poste de alta tensión, y tendida, una trampa de la que rara vez sale el varón indemne. No actúan así por maldad, sino por mandato de la biología: el de la perpetuación de la especie. El amor es herramienta, coartada y disfraz de las hormonas, que son muy putas y muy astutas. En esa esgrima no hay padres. Sólo las madres deciden y asestan la estocada definitiva. La única vía de escape es la fuga a impulsos del instinto de conservación, que nada tiene que ver con el de procreación.

Ya lo decía Bonaparte: «Las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo...» ¡Y tanto! De no hacerse así, esa pugna puede acabar en matrimonio, digo, en *martirimonio*. ¡Que me lo cuenten a mí!

De algunas de mis espantadas ya hablé en *Esos días azules* y tendré que volver a hacerlo, aunque no ha de faltar quien, tildándome de indiscreto y quizá de fanfarrón, me lo eche en cara. Sea, pero los libros (leídos o escritos), los viajes, las experiencias psicotrópicas y las mujeres han sido las cuatro ruedas del vehículo de mi andadura. ¿Cómo no voy a prestarles atención, espacio y tiempo en mis memorias?

A Sherezade, en los días de Santander, la llamábamos —se lo llamaba yo— *el Soplo del Sur*, y lo era, por lo que a su debido momento se sabrá. Sigo, por suerte, viéndola, pero el amor, el ruido y la furia son ahora, sólo, amistad. ¿Sólo?

La intrusa que se cruzó en aquel amor, tornándolo imposible, y a la que yo mismo metí, al pie de la letra, en nuestra

cama, era Montse, de la que también hablé. Mi aventura con ella fue demoníaca e implicó a mi primogénito. Acuda el lector al pasaje que en *Esos días azules* dedico a aquel diablillo. Su nombre y el de Sherezade figuran en el índice onomástico que lo cierra.

Serían las siete de la tarde. Las aulas habían cerrado. Los alumnos se habían dispersado. Las alumnas revoloteaban a nuestro alrededor en la cafetería del Palacio de la Magdalena. Aquello era como un harén del Estambul otomano antes de que Ataturk los cerrase. ¡Maldito borrachín! A mí, en la prensa cántabra, me apodaban *el Sultán*.

No miento. No era hipérbole. Llegué a dormir con siete chicas de buen ver y agradable hacer, mezcladas y amontonadas todas en el aposento de la polvorienta guardilla donde nos alojábamos los profesores, que jugaban conmigo y entre ellas, mientras Joaquín Arnáiz, secretario de mi curso y futuro cónsul, con mando en plaza, puertas adentro del mundillo sado-masoquista, seguía con comprensible interés la escena, imperterritito, sonriente, sin unirse a la trifulca ni abrir la boca, desde el refugio de un polvoriento butacón de orejas.

Bobillo y Morodo, elegantes y educados, tampoco rechistaban. Quizá no sabían o no querían saber lo que en aquella zahúrda se cocinaba. Corrían los años, libérrimos, de la santa Transición. Carlistas de ella, sin boina roja, éramos todos. Aún no habían llegado al poder los socialistas y, con ellos, la censura, la santurronería, el agua bendita, el puritanismo, la corrección política...

Pensamos, aquella tarde, que no sería mala idea la de ir tomando unas copas con las que caldear las calderas de la noche, y propuse yo que lo hiciéramos en el barrio de putas de la ciudad, anclado en lo más alto de ésta.

El santo bebedor, que andaba un poco mustio, refunfuñó. Ya no podía entregarse al solaz de la ginebra, y eso se tra-

ducía en accesos y abscesos depresivos o, por lo menos, los acentuaba, ya que, como cabe sospechar en quienes beben con asiduidad y sin contención, siempre los había tenido. Los médicos, para atajar las sombrías consecuencias de salud generadas por su alcoholismo, le habían engastado bajo la piel del hombro no sé qué píldora de contundentes efectos disuasorios. Mojar los labios en un *gin tonic* y venirse al suelo era todo uno.

Barral, por lo dicho, y porque adolecía aún, para más inri, del moralismo de la izquierda, dolencia de la que nunca se curó del todo, torció el gesto, como digo, al oír mi propuesta y, admonitoriamente y por mi bien, mientras Juancho se retorció de risa, me dijo desde su púlpito de hidalgo viejo:

—Ándate con ojo, Fernando. Esas cosas pasan factura. Así empezó Juan Goytisolo y mira cómo ha terminado.

El comentario, viniendo de quien venía, no me sorprendió.

Muchos años antes, en el invierno de 1961, había yo enviado a Barral, de frente y por derecho, pues no nos conocíamos, mi primera novela, *Eldorado*, que mucho después, en el 84, milagrosamente rescatado ese libro de las garras del tiempo, los registros policiales, las separaciones conyugales, mi indiferencia y los vaivenes del exilio, publicó Planeta.

El editor, así requerido, dio a leer la novela a uno de los miembros de su comité asesor. Era Joaquín Marco, poeta y crítico catalán, que en su informe me dio una de cal y otra de arena.

La segunda fue para el libro, al que puso y opuso ciertos reparos, y la primera para el autor, del que dijo que era persona de buena pluma, fuerza expresiva y discurso propio con la que se debería contar en el futuro.

Esa ambivalencia desconcertó a Barral, según él mismo explicaría en la carta que poco después me escribió, pues nun-

ca, al parecer, había escuchado nada parecido de labios de sus asesores, y decidió leer la novela para salir de dudas.

Lo hizo y, titubeando, terminó por rechazarla con el argumento falaz —a mí me lo parecía y me lo sigue pareciendo— de que toda novela debe ser, ante todo, análisis de posturas morales, cosa que en la mía, según él, no se daba.

Ni estaba ni estoy de acuerdo, tanto en líneas generales cuanto en lo concerniente a *Eldorado*, obra de extrema juventud que, a mi juicio, no sólo incluye ese análisis, sino que lo exagera, como cabía esperar de un militante comunista, por conflictivo y escéptico que yo lo fuese.

Pataleé un poco y envié a Barral una carta de respuesta en la que exponía la visión que yo tenía entonces de lo que debe o no debe ser una novela y de lo que, en cualquier caso, era la mía.

Me pareció curioso que fuera Barral, precisamente él, que había editado o iba a editar, por consejo de Castellet y de Juan Goytisolo (antes, supongo, de que éste *terminara mal*) a Robbe-Grillet, Michel Butor, Nathalie Sarraute, Marguerite Duras y demás abanderados del conductismo y objetivismo del *nouveau roman*, quien me hiciese tal reproche.

También me pareció curioso, por lo mismo, aunque al revés, lo que tres años más tarde me dijo en otra carta el editor Luis de Caralt, para el que yo llevaba muchos años traduciendo a Simenon y otros autores, y al que envié la novela no con el propósito de que la publicara —ya había renunciado a eso—, sino para que la leyera y decidiese si merecía la pena apostar por mí y concederme el viático económico que para escribir la segunda en la isla de Samos le demandaba.

A Caralt, si no mentía, le entusiasmó (sic) *Eldorado*, del que dijo que era brillantísima primicia de un narrador en agraz, pero que no la habría publicado, caso de pedírselo yo, por parecerle no sólo, como a Carlos, amoral, sino abiertamente inmoral.